

BX 955

P 3

V. 12

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 8 de Abril de 1910.

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
SCRIO. CANG.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ES PROPIEDAD

CAPÍTULO VII

Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús (1)

Cuando se acercaba á su apogeo el aseglaramiento en las esferas eclesiásticas de Italia, y con un Papa español, Alejandro VI, la corrupción del Renacimiento invadía hasta la misma Silla pontificia; nació cabalmente en España el hombre que, por la incomparable universalidad de su acción, había de contribuir más poderosamente que otro alguno á renovar la Iglesia, y á compensar sus graves pérdidas con nuevas conquistas. Aquel varón era *Ignacio de Loyola* (2).

(1) Aunque fácilmente pudiéramos haber modificado algunas cosas del presente capítulo, teniendo á la vista el valioso trabajo de nuestro hermano de religión el R. P. A. Astraín, hemos preferido no variar absolutamente nada de lo que dice el Autor, para que así tenga el lector tanto mayor confianza en la imparcialidad de una narración que nos toca tan de cerca.—(N. DEL T.)

(2) Forman las fuentes principales para la vida y hechos de S. Ignacio de Loyola, junto con los «Ejercicios Espirituales» y las «Constituciones de la Compañía de Jesús», compuestos por él, de los cuales trataré extensamente más abajo; 1, sus cartas, editadas en Madrid por jesuitas españoles en 6 tomos, 1874-1889: Cartas de San Ignacio de Loyola. En la grande obra, formada de documentos originales y editada asimismo en Madrid por jesuitas españoles, que se intitula: Monumenta historica Societatis Jesu (ya pasa de 30 tomos), ve la luz pública, desde 1903, una nueva edición crítica que ofrecerá muchas más cartas que las publicadas: Monumenta Ignatiana, Ser. I, Matriti, 1903 ss. (sobre dos cartas atribuidas falsamente á S. Ignacio, v. Heitz en la Rev. d'hist. ecclés. IX, 47 s., 506); 2, la «autobiografía» ó las «confesiones». A instancias de sus discípulos, S. Ignacio († 1556) contó en 1553 y 1555 una parte de su vida al

1.—HIST. DE LOS PAPAS, TOMO V, VOL. XII

007130

La familia de Loyola pertenecía al número de las antiguas casas nobles del hermoso país de los vascos. Allí, en la Provincia de Guipúzcoa, en la imponente soledad de las montañas al Oeste

P. Luis González de Cámara, quien durante la narración hizo breves apuntes y después lo dictó todo exactísimamente en español y en italiano, conforme al escribiente que tenía. Estos apuntes se publicaron traducidos al latín en los *Acta Sanctorum Julii VII* (Antverpiae, 1731) y como un librito particular: *Acta quaedam S. P. Ignatii a Ludovico Consalvo excepta*, en París en 1873; en la lengua original vieron la luz en los *Monumenta Ignatiana*, Ser. IV, t. 1 (Matriti, 1904). La autenticidad y el valor de esta fuente lo ha demostrado no ha mucho Joseph Susta (*Ignatius von Loyolas Selbstbiographie. Eine quellengeschichtliche Studie*) en las *Mitteilungen des Instituts für österr. Geschichtsforschung*, XXVI (1905) 86-106; 3, el *Memoriale ó Diarium portugués del P. González*. Este diario se refiere á las noticias que González anotó en Roma en 1555 desde Junio hasta Octubre, día por día, según las respuestas que le daba S. Ignacio á sus preguntas, especialmente sobre negocios domésticos. En 1573, González lo ordenó todo y añadió algunas declaraciones; la primera impresión de este diario se ha hecho en el tomo que acabo de citar de los Monumentos; 4, una importante relación sobre la vida de S. Ignacio desde 1521 hasta 1547, escrita en español en 1547, en forma de carta, por el español Diego Laynez, uno de sus nueve primeros compañeros, y su primer sucesor en el generalato; ha sido publicada por primera vez en 1904, en el mismo tomo de los Monum.; 5, *De vita P. Ignatii et Societatis Iesu initiis*. El español Juan de Polanco, que como secretario de la Orden, estuvo al lado del fundador desde 1547 hasta su muerte, formó en sus últimos años († 1577) un *Chronicon Societatis Jesu*, ó reunión de muchas cartas y relaciones recibidas, y de sus propios recuerdos, que fuese como una colección de materiales para el futuro historiador, y compuso después una vida de S. Ignacio, que llega hasta 1543 ó propiamente sólo hasta 1539; estas dos obras se han publicado por primera vez en los *Monumenta historica* (Matriti, 1894-1898, 6 tomos); cf. *Anal. Bolland.* XXVI, 487 s.; 6, *Vita Ignatii Loiolae, Societatis Iesu Fundatoris*, que por mandato del General de la Orden S. Francisco de Borja, escribió en latín, y más tarde también en castellano, el español Pedro de Ribadeneira, discípulo predilecto de Loyola. Esta vida está fundada en lo que vió el mismo Ribadeneira, luego en la autobiografía del Santo y en la carta de Laynez, y finalmente en las comunicaciones que desde 1567 se fueron reuniendo en toda la Orden; la primera impresión se hizo en Nápoles en 1572; la edición considerablemente aumentada por el mismo autor, salió á luz por primera vez en Madrid en 1583; 7, *De vita et moribus Ignatii Loiolae, qui Societatem Iesu fundavit*, libri III. Auctore Ioanne Petro Maffeo S. J. (Romae, 1585 y otras muchas veces), obra escrita en latín ciceroniano, y utilizando con mucha inteligencia la autobiografía y otras fuentes (cf. Susta, loc. cit. 74); 8, *Historiae Societatis Jesu prima pars*, auctore Nicolao Orlandino S. J. (Romae, 1615), que narra el generalato de S. Ignacio, según el *Chronicon* de Polanco, las cartas por éste utilizadas, etc.; esta obra fué censurada para la imprenta por Ribadeneira y otros, que trataron de cerca al fundador. La habilidad y pericia de Orlandini ha sido también reconocida por Ranke (*Pápste*, III^o, Leipzig, 1900, 114); 9, *Della Vita e dell' Istituto di S. Ignatio, Fondatore della Compagnia di Giesù*. Libri cinque del P. Daniello Bartoli S. J. (Roma, 1650, y otras muchas veces), obra escrita en italiano clásico, utilizando cuidadosamente las fuentes; contiene muchas cosas que anteriormente se habían pasado

de la pequeña ciudad de Azpeitia y sobre la carretera de Azcoitia, se levanta, alejada del tráfico del mundo, la Casa solar de su linaje, en nada diferente de las otras residencias de la nobleza del país vasco. El reducido edificio de macizos muros no tiene sino dos pisos de alto, y sobre el ingreso se advierten las armas de los Loyola esculpidas en piedra. En aquel edificio, que la devoción de la posteridad ha conservado incólume (1), á principios del último decenio del siglo xv (2) abrió los ojos á la luz Iñigo, que más adelante, latinizando su nombre, se llamó Ignacio (3). Después de su niñez, pasada en aquel solitario valle, fué puesto, muy joven todavía, bajo la protección de un amigo de su familia, el Tesorero mayor de Don Fernando el Católico, Juan de Velázquez, el cual ya vivía en Arévalo, ya en la Corte de los reyes (4). La instrucción escolar de Ignacio se limitó, conforme al uso de aquellos tiempos, á leer y escribir; y después de muerto Juan de Velázquez, entró á servir en la guerra al duque de Nájera, virrey de Navarra. Allí vivió como genuino caballero, tal como se entendía entonces la Caballería en España, lleno del espíritu de la católica fe, que se había defendido durante los siglos de las guerras contra los moros: valeroso, batallador, de altos

por alto ó de intento se habían omitido (cf. *Acta Sanctorum Julii VII*, 598 y *Analecta Bollandiana*, XIII [1894], 70; XV [1896], 450-451); 10, el *Commentarius praeuius* á las actas de S. Ignacio, rico y copioso en sumo grado, compuesto por el bolandista Juan Pinus S. J., que se halla en el tomo poco ha citado de las *Acta Sanctorum*. Otras diversas fuentes se nombrarán más abajo, cuando haya ocasión. Para la crítica de Gothein (*Ignatius von Loyola und die Gegenreformation*, Halle, 1895), cf. *Histor. Jahrb.*, XVII, 561-574 y *Anal. Bolland.*, XV, 449-454 (v. también Susta, loc. cit.). Sobre las vidas antiguas y modernas de S. Ignacio, v. también Heimbucher, *Die Orden und Kongregationen der kathol. Kirche*, III^o, Paderborn, 1908, 10-12.

(1) Ahora está incluído en un ala del grandioso Colegio de Loyola, cuya iglesia, de alta cúpula, fué edificada por Fontana, desde 1683.

(2) Se disputa desde muy antiguo, si S. Ignacio nació en 1491 ó en 1495; las obras que tratan de eso pueden verse en *Analecta Bollandiana* XIX, 468. Recientemente se ha defendido el 1492 (Susta 95).

(3) En el bautismo, no fué puesto bajo la protección de S. Ignacio de Antioquía, discípulo de los apóstoles, sino bajo la de un santo español, el benedictino S. Iñigo (Enecho), abad de Oña, hasta 1537 se firmaba solamente «Iñigo» (*Mon. Ignat.* Ser. I, I, 99, 156, 246); desde 1537 hasta 1543 alternativamente Iñigo é Ignacio; desde 1543 ya no se halla más que «Ignacio», «Ignatius», con una excepción; parece que el santo creyó equivocadamente que «Ignacio» significaba lo mismo que «Iñigo» (cf. *Astrain* I, 2-3).

(4) Fita, en el *Boletín de la real Academia de la Historia* XVII, Madrid 1890, 492-520.

pensamientos; aunque en lo demás no fuera precisamente un santo. Juan de Polanco, que más tarde vivió durante muchos años al lado de Ignacio, refiere que éste había sido en sus años juveniles dado al juego, y había tenido sus aventuras galantes (1).

Por fin se realizó en él una mudanza, y la vida de Ignacio tomó aquella dirección que había de convertir al caballero mundano en un aguerrido defensor de la Iglesia y de la Sede Apostólica y fundador de una Orden religiosa.

Como en Mayo de 1521 los franceses tuvieron sitiada á Pamplona, resolvióse Ignacio porque la fortaleza se debía sostener á todo trance; y con efecto, no se rindió, hasta que el valiente caballero cayó gravemente herido en una pierna por una bala de cañón (2). Los vencedores condujeron al herido á su castillo familiar, donde se descubrió que su pierna había sido mal curada y era menester volverla á quebrar de nuevo. Ignacio sufrió aquella dolorosa operación sin dar otra señal de dolor sino cerrar apretadamente los puños; y su curación adelantó desde entonces lentamente, por lo cual, para matar el tiempo, pidió el enfermo libros de Caballerías; pero como no pudiera hallarse ninguno de ellos en la casa, le dieron un libro castellano de *Vidas de Santos*, y la traducción española de aquella extensa *Vida de Cristo*, que el cartujo Ludolfo de Sajonia había compuesto sacándola de los Evangelios y de las obras de los Padres. Ignacio leyó y meditó las santas historias que en aquellos libros se narraban; pero con todo eso, volvían á reproducírsele sus pensamientos mundanos; y como él mismo confiesa, se le pasaban dos, tres y cuatro horas, imaginando las militares proezas que pensaba llevar al cabo en servicio de una dama. Y no se trataba de una dama de nobleza común, ni de una condesa, ni de una duquesa; sino era de más alto estado (3). Mas venían otras horas en que volvía á leer en las *Vidas de los Santos*,

(1) *Vita Ignatii Loiolae et rerum Societatis Iesu historia* I, Matriti 1894, 10; cf. otros testimonios en *Astrain* I, 13 s. V. también las actas del proceso en los *Mon. Ignat.*, Ser. IV, I, 580-597, por las cuales con todo no se puede asegurar si fué ó no justificada la acusación que allí se trata de un grave delito, perpetrado de noche con premeditación y astucia. Tampoco se sabe, si se pronunció sentencia.

(2) *Autobiografía* n. 1, 2 (*Mon. Ignat. Ser. IV, I, 38*).

(3) *Ibid.* n. 6 (p. 40-41). *Sústa* (p. 81) asienta la conjetura no del todo desechable, de que S. Ignacio pensó aquí una princesa in genere, un ser imaginario del reino de los castillos en el aire.

y se preguntaba: ¿Qué sería, si hiciera yo como San Francisco ó Santo Domingo hicieron?

De esta suerte andaban alternando sus ideas y proyectos, en cuya vicisitud observó, que los pensamientos mundanos deleitábanle á la verdad, pero finalmente dejaban en su alma aridez y depresión; por el contrario, cuando se representaba que seguía la vida austera de los santos, no sólo en el mismo proponer sentía consuelo, sino aun después quedaba contento y alegre. Poco á poco se fué fijando más en esta diferencia, y reconoció, que unas mociones venían del espíritu malo y las otras del bueno (1).

Finalmente, vencieron en él los pensamientos religiosos, los cuales llenaron muy pronto toda su alma, y se resolvió á convertirse de caballero mundano en soldado de Cristo. Para confirmarse en sus propósitos, luego que las fuerzas se lo permitieron, escribió en un cuaderno, con primorosas letras, un extracto de la *Vida de Cristo* de Ludolfo; y según asegura el P. Laynez (2), tenía ya entonces particular devoción con la Madre del Salvador.

Convalecido finalmente, apartóse de los suyos resuelto á imitar las hazañas de los Santos; dirigióse en peregrinación á la santa montaña de Cataluña donde se venera á Nuestra Señora de Montserrat, y en la augusta soledad de aquellas rocas, conmovido de amargo arrepentimiento, hizo con un Padre benedictino su confesión general durante tres días, y se decidió á emprender una nueva vida. Siguiendo los usos caballerescos, en la noche precedente á la fiesta de la Anunciación de María Santísima, veló sus nuevas armas en la iglesia del monasterio, á honra de la antiquísima imagen milagrosa de la Madre de Dios. Vistióse un áspero saco de penitencia, ciñóse los lomos con una soga y tomó un bordón de peregrino, al paso que hizo colgar del altar su espada y daga y dió á un mendigo sus antiguas ropas de caballero (3).

Para no ser de nadie conocido y vivir totalmente ignorado,

(1) *Ibid.* n. 6-10 (p. 40-42).

(2) Carta del P. Diego Laynez S. J. sobre S. Ignacio, á Polanco, fechada en Bolonia, á 17 de Junio de 1547 (*Mon. Ignat. Ser. IV, I, 101*).

(3) *Autobiografía* n. 16-18 (p. 46-48). La espada fué llevada más tarde á Barcelona, á la iglesia de Nuestra Señora de Belén, donde se hallaba hasta hace poco. Actualmente está en la Iglesia de los Jesuitas de Barcelona. (V. Creixell 145-160). Recientemente ha sido puesta en duda su autenticidad, con motivos insuficientes, en la *Revista Montserratina* I, (1907) 120 s.

dirigió entonces sus pasos á la ciudad de Manresa, situada no lejos de Montserrat, y allí fué recibido en el hospital. Todavía por entonces tenía muy poco conocimiento de las cosas del espíritu y le parecían las obras exteriores de penitencia la propia medida de la santidad (1). Así pues, adoptó una rigurosísima manera de vivir, mendigando su pan, ayunando todos los días de la semana fuera del domingo, y disciplinándose tres veces al día; cada semana recibía los santos sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía; asistía cotidianamente á la misa mayor y á las vísperas; levantábase todas las noches para hacer oración, y diariamente oraba siete horas de rodillas (2). Una cueva de difícil acceso, situada cerca de la ciudad, era uno de los principales sitios á donde se recogía para orar y hacer penitencia (3). No es, pues, de maravillar que hacia el fin del año Ignacio enfermara gravemente. Algunas señoras piadosas de elevada clase se interesaron por él; y á su vez resolvió cambiar de morada y humanizarse más en su manera de vestir y sustentar la vida (4). Su alma había gozado durante los cuatro primeros meses de una serenidad casi imperturbable; pero después sobrevinieron las más vehementes angustias y violentos combates. En una de estas ocasiones resolvió no comer ni beber hasta tanto que hubiera recobrado la calma, y así se pasó una semana entera, hasta que el mandato de su confesor le obligó á tomar finalmente alimento. Su padre espiritual le tranquilizó también, acerca de la ansiedad con que siempre quería tornar á acusarse de nuevo de sus pecados ya confesados. Volvió á su alma la paz y su corazón se sintió lleno de celestial alegría (5).

Siguieron á estos combates grandes ilustraciones. Dios le trataba, según lo declara el mismo Ignacio, «de la misma manera que un maestro trata á un niño de la escuela, á quien instruye» (6), y le comunicó la gracia de la contemplación en términos, que más adelante solía decir, «pensaba entre sí, que aunque no existiera ninguna de las Sagradas Escrituras que nos enseñan las verdades

(1) Carta de Laynez (v. arriba p. 5, nota 2).

(2) Autobiografía n. 19-23 (p. 48-51); carta de Laynez 102; Astrain 34.

(3) Cueva santa, sobre la cual se edificó más tarde la iglesia de S. Ignacio (cf. Pinius, Comment. praev. n. 49-53; Acta Sanctorum Iulii VII; Astrain 33-34).

(4) Autobiografía n. 32-34 (p. 55-56).

(5) Ibid. n. 20-25 (p. 49-52); carta de Laynez 102.

(6) Autobiografía n. 27 (p. 53).

de la fe, estaría sin embargo dispuesto á dar la vida por aseverarlas, sólo por lo que en la contemplación se le había comunicado» (1).

Al P. Laynez, uno de sus compañeros con quien tuvo mayor familiaridad, refirióle Ignacio, acerca del tiempo pasado en Manresa, que en cierta ocasión, hallándose en un paraje próximo á la ciudad, había aprendido en una hora más de lo que hubieran podido enseñarle todos los sabios de este mundo (2). Era en la orilla del río Cardoner: Ignacio se había sentado en la ribera y fijado la vista en sus aguas (3). Muchas de las cosas que conoció entonces, túvolas presentes más adelante en la fundación de su Orden (4); y en este sentido puédele decir, que Manresa fué la cuna de la Compañía de Jesús. Pero que Ignacio hubiera conocido ya entonces clara y determinadamente, que había de fundar una Orden semejante, es una tradición posterior difícil de sostener. Según lo manifiestan las fuentes nuevamente publicadas, Ignacio y las personas de su confianza se expresaron en muy diferente sentido (5).

Ya en Manresa guió Ignacio á muchos á una mudanza de vida, dándoles «ejercicios espirituales» (6); y de esta manera vino á formarse un librito por extremo breve y compendioso, escrito con sencillo estilo é inteligible, y uno de los más extraordinarios libros del mundo: el *Libro de los Ejercicios*. No hay que pensar que lo escribiera de una sola tirada; pues el mismo Ignacio dijo al P. González de Cámara, contestando á sus preguntas: «El Peregrino (así se llama á sí mismo Ignacio en aquellas sus confesiones), observaba en su alma ya estos ya aquellos afectos, y se aprovechó de ello, y por ahí vino á pensar

(1) Ibid. n. 28-31 (p. 53-55); carta de Laynez 103-104.

(2) Apuntamientos del P. Pedro Ribadeneira: De actis Patris nostri Ignatii, hechos probablemente ya antes de la primera publicación de la vida de S. Ignacio, de Ribadeneira, por tanto antes de 1572 (v. arriba p. 374 s., nota 1); dados á luz por primera vez en los Mon. Ignat. Serv. IV, I, 337-393; v. ibid. n. 1.

(3) Autobiografía n. 30, 31 (p. 54-55). Bartoli (v. arriba p. 1 s., not. 2) l. 1, n. 14.

(4) Así lo asegura el P. Jerónimo Nadal, que en Roma era la mano derecha de Loyola. (Epistolae P. Hieronymi Nadal IV, Matriti 1905, 652). Cf. también el testimonio del P. Luis González en su Memoriale (v. arriba p. 1 s., not. 1) n. 137 (Mon. Ignat. Ser. IV, I, 220).

(5) V. abajo p. 26.

(6) Polancus, Vita c. 3 (p. 25).

que podrían también aprovechar á otros, y por eso los escribió.» En particular dió á entender Ignacio, que las Reglas sobre la elección de estado, y sobre la manera de resolverse en cosas de importancia, procedían de la época de su grave enfermedad en Loyola (1). Las Reglas sobre la manera de sentir con la Iglesia no las añadió sino años después, en Francia ó en Italia; pero ya en 1547 manifestó el P. Laynez, que Ignacio había hecho los Ejercicios, en su parte principal, por primera vez en Manresa (2). Allí, según todas las probabilidades, escribió asimismo el primer bosquejo de ellos (3).

El Libro de los Ejercicios espirituales requiere una más detenida declaración. Divide su argumento en cuatro *semanas*, bien que cada una de ellas puede acortarse ó alargarse. Forma la indispensable base del conjunto, el *fin* del hombre: «El hombre, dice, es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios, y mediante esto salvar su alma. Y todas las otras cosas sobre la haz de la tierra han sido criadas para el hombre, y para que le ayuden á conseguir su fin. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas en cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe apartarse de ellas cuanto para ello le impiden.» Desde el momento en que deja de hacerlo así, peca ó se sale del orden. Las meditaciones y demás ejercicios de la primera semana se proponen mover á aversión del pecado y horror de sus consecuencias. El alma se purifica por medio de la confesión, con la cual rompe las cadenas, consigue la verdadera libertad de los hijos de Dios, y con todas sus fuerzas tiende á su Criador. El camino no puede ser otro sino el seguimiento de Cristo, el cual fué para Ignacio el ideal de su vida hacia donde tendió con la claridad y energía de voluntad que le eran propias.

En la primera meditación de la segunda semana se presenta Cristo como Rey celestial enviado por Dios, deseoso de reinar en todos los corazones y extender de esta suerte su reino espiritual por todo el mundo; para ello requiere á todos que se incor-

(1) Autobiografía n. 99 (p. 97).

(2) Carta 103.

(3) Ribadeneira, Vita l. 1, c. 8 (cf. arriba p. 1 s., nota 2), en la edición Vita Ignatii Loiolae... a Petro Ribadeneira... conscripta, Ingolstadii 1590, 30; Astrain 149; H. Watrigant S. J., La Genèse des Exercices de St. Ignace de Loyola. Extrait des Etudes. Reproduction avec pièces et notes complémentaires, Amiens 1897, 25-27.

poren en su ejército, y se pone á la cabeza de sus fieles soldados. Un alma noble no puede menos de juntarse estrechamente con él. Guiado por los Evangelistas, sigue entonces, el que medita, al Salvador por todos los pasos de su vida, rogando siempre con nuevas instancias al Padre celestial que le conceda la gracia de conocer más al Salvador, amarle más y seguirle más fielmente (1). Este es asimismo el tiempo á propósito para la elección de estado. El libro de los ejercicios ofrece una sabia y detenida introducción para tratar esta cuestión de suma importancia; la cual puede asimismo servir de norte para cualquiera grave resolución que se haya de tomar en la vida, ya sea en los ejercicios espirituales ó fuera de ellos. Durante los ejercicios, todos aquellos que no tienen ya necesidad de elegir estado han de «reformarse» en el estado en que viven; y da á entender claramente Ignacio que no se trata sólo del estado religioso y sacerdotal, sino que Dios es también quien llama al estado de matrimonio, de riqueza y poder.

Conforme á su vocación y estado, cada uno ha de cooperar, con viva fe y caridad eficaz, al Reino de Cristo: éste es el último fin que los ejercicios se proponen, y para conseguirlo, la meditación «de dos banderas» muestra por modo extremadamente intuitivo las corruptoras máximas del mal espíritu, y las máximas de la cristiana perfección tal como el Salvador las enseña.

El mismo fin de despertar enérgicos propósitos, se persigue en otras dos meditaciones: la de los tres *binarios* ó clases de hombres, y la de los «tres grados de humildad». La tercera semana, consagrada á la Pasión del Señor, sirve para confirmar la aversión al mal y los propósitos saludables; y la cuarta entusiasmo por el Hijo de Dios resucitado y glorificado (2).

Entre estas meditaciones se hallan intercalados varios consejos y reglas de vida, los cuales, así como las reglas para hacer buena elección, no sirven sólo para el tiempo de los ejercicios, sino para toda la vida; tales son las reglas de discreción de los espíritus, sobre los escrúpulos, sobre el buen uso de los bienes temporales, la moderación en el comer, beber y dormir, acerca

(1) Segunda semana, día primero, primera y segunda meditación, tercer prelude, quinta meditación.

(2) Cf. M. Meschler S. J., Die Aszese des hl. Ignatius: Stimmen aus Maria-Laach LXXV, (1908) 269-280, 387-399.

de la meditación, examen de conciencia y otros modos de orar, y sobre la manera de sentir con la Iglesia. En particular éstas últimas son verdaderamente de oro (1). Al frente de ellas está la máxima: «que hemos de estar preparados de todo corazón, renunciando á nuestro propio juicio, á obedecer en todas las cosas á la verdadera Esposa de Cristo, la cual es nuestra santa Madre la Iglesia». Debemos, se dice más adelante, recomendar la frecuente confesión y comunión, y la frecuente asistencia á la santa Misa; asimismo las Horas canónicas, los votos religiosos, la veneración de las santas reliquias, las peregrinaciones, indulgencias, los preceptos eclesiásticos acerca de ayunos y abstinencias, los ejercicios de penitencia, y por cierto, no sólo la penitencia interna, sino también la corporal. Asimismo hemos de alabar el que se edifiquen y adornen iglesias, y se veneren las imágenes de los Santos. Generalmente hemos de alabar todas las enseñanzas de la Iglesia, y ponernos siempre de parte de ella, y nunca mostrarnos contrarios á ella sino inclinarnos más á alabar las ordenaciones y proceder de nuestros mayores que á vituperarlos, por más que las personas no siempre hayan sido dignas de elogio; «pues, si en la predicación, ó con el pueblo común, se hablara contra ellas, seguiríase de ello antes murmuración y escándalo que provecho». De la predestinación de los hombres, la fe y la gracia, no hay que hablar con tales expresiones, que se enfríe en los fieles el fervor de las buenas obras (2). Conviene leer diligentemente los escritos de los Santos Padres, pero sin menospreciar por ello las enseñanzas de la Escolástica (3). Con las más enérgicas frases acentúa Ignacio la obligación de rendir incondicionalmente el entendimiento, al juicio de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo (4). Forma el coronamiento de los Ejercicios espirituales la Contemplación para alcanzar amor, la cual culmina en una conmovedora oración y ofrecimiento de completa entrega á Dios.

(1) Cf. sobre eso *Les Règles du pur Catholicisme selon St. Ignace de Loyola*, par le P. Maurice Meschler S. J.: Collection de la Bibliothèque des Exercices de Saint Ignace, Enghien 1907, n. 7.

(2) Reglas 14-17.

(3) Regla 11. A pesar de eso, C. Mirbt (Ignatius von Loyola: *Histor. Zeitschr.* LXXX, 68) opina, «que no se puede demostrar que S. Ignacio sintiera impulso de examinar el contenido de su fe conforme á la Escritura y la doctrina de la Iglesia».

(4) Regla 13.

Quien no conoce más que un mundo puramente natural; no sabe estimar la fuerza de la oración, ni cuenta con el influjo de la gracia; no puede entender completamente el sentido de este libro, ni explicar sus efectos; y por otra parte, los Ejercicios no son para solamente leídos, sino para practicados. Se ha señalado como finalidad de ellos aquella perfecta paz del alma que consiste en el aniquilamiento de la voluntad personal; en la indiferencia de la voluntad. Pero con razón ha hecho observar recientemente un sabio no católico que, conforme á la experiencia, los Ejercicios han comunicado á aquellos que los hicieron y que todavía ahora los hacen, «fuerzas morales que antes no poseían; no es, pues, el efecto de los ejercicios, una disminución de la personalidad, sino su aumento y robustecimiento; son la obra maestra de «una sabia Pedagogía» (1).

El mismo Ignacio dió á su obra por título: «Ejercicios espirituales para vencer el hombre á sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afición alguna que desordenada sea» (2). No considera, por tanto, en ellos la oración como fin de sí propia; no pretende enseñar el mero ejercicio de la oración por sí misma; sino más bien ofrece una serie de consideraciones, lecturas, oraciones vocales, exámenes, ejercicios de penitencia, cuyo determinado orden y encadenamiento tiende, como se dice en el mismo

(1) *Die Geistlichen Übungen des Ignatius von Loyola. Eine psychologische Studie.* Von Prof. Dr Karl Holl, Tübingen 1905, 1, 2, 35. Con esto Holl hace oposición á los juicios, harto propalados, de que también participa Gothein (p. 235 s.). Por lo demás, concede Joh. Huber (*Der Jesuitenorden*, Berlin 1873, 25) acérrimo enemigo de los jesuitas, que S. Ignacio en el libro de los Ejercicios se muestra «profundo conocedor del corazón humano» y «perspicaz pedagogo del ascetismo cristiano».

(2) Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo, y ordenar su vida, sin determinarse por afición alguna que desordenada sea. Epígrafe de las Anotaciones que hay al principio del libro (*Ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola*, Barcelona 1892, 26). Los Ejercicios fueron escritos por S. Ignacio en castellano, pero él mismo se servía muchas veces de una traducción latina. Este libro ha sido impreso muchas veces desde 1548, especialmente en su traducción latina, pero, por la mayor parte, sólo para los miembros de la Orden. Las ediciones están anotadas en C. Sommervogel, *Bibliothèque de la Compagnie de Jesús. Nouv. éd. Bibliographie V*, Bruxelles-Paris 1894, 59-74; IX, 1900, 608-609; cf. también Heimbucher III², 28 not. 2. En los *Monumenta Ignatiana* se publicará una nueva edición crítica (cf. Ser. I, I, 7-8). El propio autógrafo de los Ejercicios no se conserva; en cambio existe todavía el ejemplar de los Ejercicios en castellano, escrito de mano desconocida, en el que S. Ignacio, de su propio puño, hizo unas treinta mutaciones. En 1908 se hizo en Roma, por Danesi, una reproducción fotográfica de este ejemplar.